

negaron por fin al cielo, que atajó aquellos males llamando para sí al que era inocente instrumento de la perversidad de los Laras. Estaba D. Enrique recreándose en Palencia en un patio del palacio episcopal, cuando desprendiéndose una teja, le dió tan fuerte golpe en la cabeza, que falleció á los pocos dias despues.

Fernando III. (Año 1217.)

En vano intentaron los Laras ocultar la muerte de don Enrique y seguir mandando en su nombre; pues este triste suceso llegó á noticia de doña Berenguela mas pronto de lo que ella deseara, aunque este accidente la hacia señora de un reino, no le quisiera ella á costa de la vida de un hermano. Llamó inmediatamente á su hijo D. Fernando el Santo, que se hallaba con su padre el rey de Leon; y cediéndole generosa sus derechos á la corona, le hizo proclamar rey por Castilla. Los Laras, ó por ambicion de mandar, ó por temor de que se les pidiesen cuentas de sus dilapidaciones, se negaron á reconocer á D. Fernando, que, despues de haber intentado reducirlos por medios pacíficos, tuvo al cabo que hacer uso de las armas, quedando preso Nuño de Lara, cabeza de los revoltosos; mas perdonado despues, se marchó á Leon y movió á aquel rey á que se declarase opositor con su hijo á la corona de Castilla. Hiciéronse mutuamente algunos daños, pero habiendo muerto Nuño de Lara, motor de aquella discordia, cesó enteramente la guerra. D. Fernando, despues de sujetar al rebelde Rodrigo Diaz de Cameros, que siendo gobernador de la Rioja, le habia negado la obediencia, pasó á fatigar con frecuentes correrías á los moros de Valencia, Murcia, Granada y Sevilla: tomó á Baeza, y obligó á muchos régulos á que le rindiesen vasallage.

Trece años hacia que reinaba D. Fernando (II de Castilla) cuando supo la muerte de su padre el rey de Leon. El nombre, que ya habia adquirido Fernando con sus armas, y la noticia de sus virtudes eran un poderoso estímulo para que la nobleza asturiana, que no habia olvidado su primer juramento, se declarase por él; y para que las últimamente instituidas herederas cediesen sin oposicion el reino á D. Fernando, que se llamó III de Leon.

Duplicadas asi las fuerzas con la reunion de los dos reinos, no quiso Fernando permanecer largo tiempo en la inaccion: su hermano el infante D. Alfonso y D. Alvaro Perez derrotaron en batalla al rey de Sevilla; y al año siguiente, puesto el mismo Fernando al frente de un buen ejército, tomó por fuerza

á Uboda; Trujillo se rindió al obispo de Plasencia, y Montiel á los caballeros de Santiago. Dos años despues fué acometida Córdoba, en cuyas almenas, tanto tiempo ocupadas por los moros, se enarboló la bandera del cristianismo: la misma suerte cupo á la ciudad de Jaen despues de ocho meses de resistencia. El rey de Granada, sitiado en su corte, se obligó á pagar tributo de hombres y dinero á Castilla.

La empresa militar que mas ha inmortalizado el nombre de D. Fernando el Santo, es la toma de Sevilla. Hallábase esta bien fortificada por tierra, y por mar estaba favorecida por el rey de Marruecos: no carecia de bastimentos, de armas, ni de valientes dispuestos á perecer en su defensa; bien lo sabia don Fernando, y asi empleó dos años en preparativos para esta empresa. Batida despues la armada marroqui al frente de Sevilla, y tomada Carmona por nuestras tropas, se formalizó por mar y tierra el sitio de la plaza, que fué tomada por capitulacion despues de 16 meses de una heroica resistencia. Mas de 100,000 árabes salieron con este motivo para el Africa.

Disponíase D. Fernando á llevar sus armas victoriosas al otro lado del mar, cuando la hidropesía, que desde años anteriores se le habia ido formando, se le agravó hasta el extremo de llevarle al término de sus dias. Despojado de las insignias reales, con una soga al cuello, y arrodillado en un lecho cubierto de ceniza, recibió los últimos auxilios de la Iglesia. Por sus virtudes ha merecido ser contado en el número de los santos.

Alonso X. (Año 1252.)

Las obras de D. Alonso el Sábio son un vivo testimonio de sus conocimientos políticos, económicos y gubernativos; cualidades que hacen en alto grado recomendable á un monarca. Desde la invasion de los godos las ciencias habian ido en decadencia, y los pueblos mas habian sido regidos con vara de hierro que con la fuerza de la razon: esta fué, tal vez, la verdadera causa de que aquel siglo, indigno de tan gran rey, no apreciase, como debia, los talentos de don Alonso, y de que su reinado se viese frecuentemente agitado de revoltosos y descontentos. No era fácil hacer que las letras ocupasen repentinamente el lugar de las armas. Y si no pueden disculparse algunos defectos en el gobierno de D. Alonso, estos serán una prueba mas, entre las infinitas que nos presenta la historia, de la gran distancia que hay de las teorías á la práctica de los gobiernos; y de que las mejores disposiciones de estos quedan sin efecto,

y hasta se ridiculizan cuando los pueblos no están en disposición de recibirlos.

Las primeras tropas que mandó D. Alonso á contener á los moros españoles, que auxiliados de los marroquies, trataban de sacudir el yugo castellano, fueron batidas por estos: y mas de 500 pueblos vinieron otra vez á su poder. Unidos al año siguiente los castellanos y aragoneses, dieron á los agarenos un buen golpe; pero no tan fuerte que les hiciese perder las esperanzas; y aun hubieran dado mucho que hacer con los nuevos refuerzos que recibieron, si la discordia que se introdujo en su campo no hubiera puesto en manos de los nuestros la victoria; quedando otra vez las cosas en el mismo estado que antes de la guerra.

Aspiraba D. Alonso á coronarse emperador de Alemania, y queria darse un tono muy superior al que permitian las escaseces del reino. Los cuantiosos regalos que mandaba á Roma y á los electores para ganar votos á su favor, solo sirvieron para acabar de apurar el erario, ya casi exhausto con las guerras anteriores. Creyó remediar este mal aumentando el valor nominal de la moneda; pero nada adelantó porque creció á proporcion el precio de las cosas; y la tarifa á que quiso sujetar las ventas, fué causa de una miseria general; pues nadie queria vender. Esto dió margen para que los descontentos, á cuya cabeza estaba un hermano del rey, se pasasen á los moros, y desde allí insultasen á D. Alonso: no pudo este sufrirlo, y envió á su hermano D. Felipe á tomar la merecida satisfaccion; pero antes de venir á las manos, se convinieron bajo condiciones poco decorosas al rey: mas pasó por esta humillacion, porque necesitaba la paz para llevar adelante sus pretensiones al imperio. En tan críticas circunstancias abandonó su reino para ir á avistarse con el Papa; escribió y protestó contra las determinaciones de la Dieta, y por último solo consiguió el titulo aéreo de *Electo rey de los romanos*. Si hubiera tenido presente que los imperios son fruto de las espadas, probablemente hubiera adelantado mas que con las embajadas y discursos.

Mientras Alonso gastaba el tiempo en inútiles pretensiones, los moros granadinos reforzados con 17,000 africanos, arrolladas junto á Ecija las tropas que comandaba Nuño de Lara, y despues las del arzobispo de Toledo, amenazaban con sus armas á toda la península. D. Fernando de la Cerda, hijo mayor del rey, y que habia quedado de regente en la ausencia de su padre, haciendo un llamamiento de tropas, se puso en marcha para la Andalucía; mas llegando á Ciudad Real, una grave enfermedad pu-

so fin á sus dias. Dejó muy recomendados su mujer é hijos á los Laras. Su hermano D. Sancho tomó con este motivo el mando del ejército y continuó la expedicion con tan feliz resultado, que los moros abandonaron sus proyectos de conquista.

En este estado halló D. Alonso su reino cuando regresó de su vana peregrinacion. Juntó Cortes en Toledo, y en ellas, accediendo al deseo de los pueblos, se declaró á D. Sancho por inmediato sucesor á la corona, quedando postergados los hijos de don Fernando, á quienes correspondia por herencia. Don Sancho lleno de ambicion y engreido por algunas acciones que despues ganó á los moros, osó atentar contra el cetro de su padre, á quien declaró inhábil para el gobierno. Tanto provocó esta rebelion la ira de D. Alonso, que no reparó en llamar en su ayuda á los africanos: vinieron en efecto, pero retrocedieron desde Andalucia, y don Alonso tuvo el desconsuelo de verse en sus últimos dias casi destronado por un hijo, á quien tanto habia favorecido. Reconoció al cabo este su yerro, y pidió y obtuvo el perdón de su padre y la confirmacion en la inmediata sucesion, de que habia sido escluido durante su rebeldía. La escesiva bondad de D. Alonso le hizo parecer débil muchas veces. Merece contarse entre sus debilidades la facilidad con que creyó la esterilidad de su mujer doña Violante, y el paso imprudente que dió tratando de nuevos esponsales con una hija del rey de Dinamarca. Vino á España la prometida princesa y halló á D. Alonso mas enamorado que nunca de su doña Violante, cuyo embarazo habia hecho mudar en cariño la indiferencia del rey. La dinamarquesa sintió tanto la pesadez de aquella burla, que aunque la casaron con un infante, pudo sobrevivir muy poco.

Sancho IV. (Año 1284)

Don Sancho IV, mereció muy bien el renombre de *Bravo*, por las muchas pruebas que dió de valor, tanto en el reinado de su padre, como en el suyo: y si las guerras domésticas no le hubieran entretenido, los moros lo hubieran pasado muy mal con él. Pero la constante veleidad de su hermano, que se rebeló varias veces; la ingratitud de la casa de Haro, que quiso sostener con desverguenza los favores que devió á su prodigalidad régia; las pretensiones de los Cerdas auxiliados por el aragonés, no impidieron á este monarca el que deshiciese por dos veces la flota de los moros en las mismas costas de Africa, y que se apoderase de Tarifa y la conservase á pesar de los esfuerzos que hicieron los contrarios por re-

costrarla. En la defensa de esta plaza se hizo para siempre memorable el nombre de Guzman el Bueno. Habia el infante D. Juan mancomunado su causa con los moros y sitiado con tropas de estos á Tarifa. Al ver la imposibilidad de tomarla por la fuerza, se apoderó de un hijo de Guzman que estaba en un pueblo inmediato; y presentándosele á su padre, dijo que le quitaria la vida sino le entregaba á Tarifa. «No tengo mas que ese hijo, contestó Guzman, y si como no es mas que uno, fueran muchos, á todos los sacrificaría gustoso por mi patria y por mi honor: así, infante D. Juan, si en ese campo falta cuchilla para inmolar la víctima, allí va mi acero;» y descieniendo al mismo tiempo su espada, se la arrojó desde el muro, y vió con serenidad heroica despedazar á su hijo.

Fernando IV. (Año 1296).

Vacilante estuvo el trono de Fernando IV durante los siete años de su menor edad. El infante don Juan ayudado de los moros, al punto que murió D. Sancho renovó sus antiguas pretensiones: el rey de Portugal hacia preparativos hostiles contra Castilla: las casas de Haro y de Lara, antes enemigas, aspiraban unidas á la regencia; mas como el objeto de tantos ambiciosos no era el bien público, sino un interés peculiar, no la fué difícil á doña María, madre del rey y regente del reino, el contenerlos á fuerza de dádivas y concesiones. No empero la fué tanto reprimir la ambicion del infante D. Enrique, que apoyado por los castellanos aspiraba á la regencia; regencia que cedió doña María por evitar disensiones, que habrian de ser perjudiciales á su hijo. Habiendo luego D. Enrique pasado á sujetar á los moros de Andalucía, fué vencido; y ajustó con ellos una paz tan ignominiosa, que la reina tomando otra vez el carácter de regenta, no quiso ratificarla. Males de mas consideracion amenazaban aun á la augusta regente. Los reyes de Francia, Aragon, Portugal y Granada y el infante D. Juan, se coaligaron secretamente para sostener los derechos de los Cerdas. Acometido el reino por diferentes partes, parecia inevitable su ruina; pero la reina, apelando á la nacion y dando cuenta á las cortes de sus operaciones, consiguió que fuesen unánimemente aprobadas y aplaudidas: obtuvo recursos bastantes: los pueblos se mantuvieron por ella con decision y firmeza, y las armas enemigas no hacian grandes progresos. Al mismo tiempo una epidemia mortífera que se declaró en los ejércitos, aceleró la paz, que se ajustó bajo la condicion de que D. Fernando rey

de Castilla, se habia de casar con doña Constanza, infanta de Portugal, y D. Alfonso de la Cerda con doña Beatriz, infanta de Castilla.

Entre tanto habia D. Fernando llegado á cumplir los 17 años, y aprovechando los aduladores la ausencia de la reina, le persuadieron á que se emancipase y á que se casase con la prometida infanta. A esta imprudencia del rey se siguió otra, en que, desoyendo los consejos de su madre, puso al rey de Portugal por árbitro de las diferencias que sobre sus límites habia entre Aragon y Castilla. No fué el juez tan imparcial como debia, pues ladeó la balanza á favor del aragones. Los infantes de la Cerda se convinieron por fin en ceder sus derechos á la corona, mediante la adjudicacion de varios pueblos, y de una renta correspondiente á su rango: las casas de Haro y de Lara tambien fueron ganadas con beneficios: la muerte de D. Enrique libró al rey de un enemigo temible; y D. Juan pidió y obtuvo su gracia.

Aprovechó D. Fernando estos momentos de tranquilidad, y pasó á hostilizar á los moros: y tomó á Gibraltar y otros pueblos, y aun se hubiera hecho dueño de Algeciras, si su tio el infante D. Juan no le hubiera abandonado volviéndose á Castilla con las tropas que mandaba. El rey, por esta causa, sentó treguas con los moros, y regresó á Burgos con ánimo de vengarse de su tio; pero se valió de un medio indecoroso é injusto para conseguirlo. Apostó gentes armadas en el camino por donde habia de pasar aquel para que le asesinasen; pero avisado á tiempo, se libertó del lazo; y por mediacion de la reina quedaron otra vez amigos. Terminadas las treguas con los moros, volvia D. Fernando contra ellos, cuando á su paso por Martos supo que estaban allí dos hermanos, llamados los Carvajales gravemente iniciados de haber cometido un asesinato; hizolos prender, y sin querer oirlos judicialmente como debia, mandó que los precipitasen desde un peñasco. Los infelices en tal conflicto invocaron el auxilio del cielo, y citaron al rey á que compareciese ante el tribunal de Dios en el término de treinta días. Murió el rey al espirar aquel plazo, y por esto se llamó *el Emplazado*.

NAVARRA. 1234. Teobaldo I, llevado de su celo por la religion, pasó á la conquista de la Tierra santa; pero fué tan desgraciado como todos; y se volvió á gobernar con sabiduria su reino. Favoreció las ciencias y artes, y especialmente la agricultura.

1255. Teobaldo II, el mismo espíritu de religion que habia llevado á su padre á la conquista de Jerusalem, llevó á este contra los moros de Tunez. La peste acabó casi con todo su ejército y el de sus aliados. Murió en Trápana al regresar á Navarra.

1270. No dejó hijos Teobaldo, y entró á reinar su hermano don Enrique, que murió cuatro años despues.

1274. Juana I era de menor edad, y su reino fué objeto de la ambicion de muchos, que aspiraban á la regencia con fuerza armada; hasta que entrando el francés con numeroso ejército, puso á doña Juana en posesion pacifica de sus estados.

ARAGON 1215. Jaime I, el Conquistador, tenia cinco años cuando heredó el trono. Disputáronsele sus dos tíos don Fernando y el conde de Rosellon, que siendo enemigos entre sí, lo eran igualmente del rey: los dos obtuvieron el mando en distintas ocasiones, y los dos tuvieron en su poder al rey. Fué declarado este á los diez años fuera de la menor edad; y para contar con un aliado poderoso, se casó con una hija del rey de Castilla. Apaciguadas las turbulencias del reino, y unidos los ánimos de todos los partidos, mediante una amnistia general, emprendió D. Jaime la conquista de Mallorca y Baleares, que estaban bajo la jurisdiccion de los moros; y en tres años se hizo dueño de aquellas islas. El buen éxito de esta empresa le alentó á intentar lo mismo contra el reino de Valencia y Murcia; la obstinada resistencia que tuvieron que vencer sus armas solo sirvió para hacer sus triunfos mas gloriosos. Coincidieron las conquistas de don Jaime de Aragon con las de S. Fernando de Castilla, y los moros quedaron desde aquel siglo en España reducidos casi á la nulidad.

1276. Murió don Jaime cuando iba con sus tropas á sujetar á los moros de Valencia, que apoyados por los de Granada se habian rebelado; pero don Pedro II, continuando la expediciou de su padre, se mostró digno sucesor de don Jaime; y los moros, completamente batidos, tuvieron que buscar su asilo en otros reinos. Estaba casado don Pedro con doña Constanza, á la que por muerte de Manfredó correspondia el reino de Nápoles y Sicilia; pero por intriga y proteccion del Papa, era rey de aquellas provincias el usurpador don Cárlos de Anjou, príncipe francés, cuya tiranía no pudieron sufrir mucho tiempo los sicilianos; ofrecieron someterse al aragonés; con inteligencia de este, y bajo su salvaguardia tramaron una conspiracion tan sigilosa contra los franceses, que estalló al mismo tiempo á la hora de visperas en todas las partes de la isla. En esta famosa conspiracion, conocida con el nombre de *Visperas sicilianas*, perecieron cuantos franceses allí habia, escepto el gobernador, cuya vida respetaron. Acudió inmediatamente el príncipe de Anjou con tropas del papa para vengar aquella injuria;

pero sin intentar nada tuvo que retroceder á vista de la escuadra aragonesa que habia llegado antes. Obstinado el pontifice en echar de Sicilia al aragonés, fulminó contra él sus anatemas; ofreció, como si fuera suyo, el reino de Aragon al primero que le conquistase; y solicitó y obtuvo de la Francia el que le invadiese á sangre y fuego con 100,000 hombres. La razon y la fortuna estaban á favor de don Pedro: dos escuadras francesas fueron apresadas ó echadas á pique; el ejército de tierra disminuido con la epidemia, alcanzado en la retirada, fué completamente derrotado.

1285. A poco tiempo falleció don Pedro, dejando á su hijo y sucesor don Alonso III muy recomendada la conquista de las Baleares, que por el testamento de don Jaime habian quedado desmembradas de la corona; mas no tuvieron efecto sus deseos. El papa, á quien apoyaba Cárlos de Valois, se negó constantemente por algunos años á reconocer por rey á don Alonso, y coronó por rey de Sicilia al príncipe de Salerno. El aragonés, despues de haber hecho grandes aprestos militares para mantener sus derechos, tuvo la debilidad de cederlos al pontifice, afianzándole el dominio de Sicilia, y desposeyendo de él, en perjuicio propio, á los descendientes de Manfredó.

1291. Murió Alonso sin sucesion, y entró á reinar su hermano Jaime II, actual rey de Sicilia; cuyo dominio cedió á su hermano D. Fadrique; mas arrepentido luego de aquella cesion, favoreció con las armas al Papa contra su mismo hermano: defendió este con valentia sus estados, y D. Jaime hubo de contentarse con quedar dueño de Córcega y la Cerdeña. Por este tiempo floreció mucho la marina de Aragon.

Sucesos del siglo XIV. (Año 1312).

TABLA CRONOLÓGICA DE LOS REYES.

Principio de su reinado. Nombres de los reyes. Duracion de su reinado.

Años.	Nombres de los reyes.	Años.
1312	Alonso I.....	38
1330	Pedro el Cruel.....	19
1369	Enrique II.....	10
1579	Juan I.....	11
1590	Enrique III.....	16

En el espacio de 15 años que duró la menor edad de Alonso XI, sufrió Castilla todas las calami-

dades que lleva consigo la anarquía. Era la regencia del reino objeto de la ambicion de poderosos rivales. Los infantes D. Juan y D. Pedro fueron los primeros que aparecieron en la palestra, y cada uno reinó en las ciudades que quisieron reconocerlos. La rivalidad con que empezaron á gobernar desapareció á vista del peligro que de parte de los moros á entrambos amenazaba. Unidas sus fuerzas y seguidos de la victoria, sentaron sus reales al frente de Granada y la sitiaron; mas lo insufrible del calor les obligó á levantar el cerco; y alcanzados en la retirada, perecieron sofocados los dos infantes y la mayor parte de sus tropas: esta pérdida fué causa de que muchos pueblos cayesen en poder de los moros. Encargada luego doña María, abuela del rey, de la regencia del reino, murió sin dejar apaciguadas las desavenencias de los pueblos; de los que unos estaban por D. Juan Manuel, otros por D. Juan el tuerto, y otros por D. Felipe. La muerte de la reina aumentó la desunion, que hubiera acabado con la ruina de las poblaciones, si D. Alonso, á la edad de 15 años, no se hubiera resuelto á ejercer por sí la autoridad que le competia. Desde luego fué jurado por casi todas las ciudades; pero don Juan Manuel y D. Juan el tuerto le negaban la obediencia. Ganó al primero con promesas; y el segundo, llamado con engaños á Toro, fué por orden del rey asesinado y confiscados sus bienes. La madre del difunto vendió á la corona el condado de Vizcaya. La noticia del alevoso proceder del rey alarmó á D. Juan Manuel, que se hallaba haciendo la guerra á los moros; hizo alianza con estos, y se encerró en la fortaleza de Chinchilla: allí se le fué reuniendo una crecida tropa de malhechores, que iban huyendo del rigor de D. Alonso, que hacia morir en el acto á cuantos prendia. Medida cruel, pero necesaria en aquella época. La division de los anteriores gobernantes habia fomentado cuadrillas de ladrones, que á pretexto de favorecer algun partido, asolaban el pais: intentaban vivir del mismo modo despues de reconocido el rey; mas las medidas de este pusieron bien pronto espeditos los caminos, por donde poco antes ninguno transitaba sin ser robado.

Don Juan Manuel, coligándose con los reyes de Aragon y Navarra y con D. Alonso de la Cerda, causó terribles males á Castilla, declarándose á su favor algunos pueblos, y despues de haberse hecho de parte á parte una guerra asoladora, en que á nada se perdonaba, tuvo al fin que ceder D. Alonso, comprando con oro la paz interior, para acudir á la guerra de los moros, que ya se habian apoderado por la fuerza de Algeciras, y por traicion de Gi-

braltar. Empeñóse D. Alonso en reconquistar esta última, pero no lo consiguió, pues la falta de recursos y la desercion del ejército le obligaron á volverse á Castilla; donde la rebelion de D. Juan Manuel reclamaba otra vez su presencia. Huyó el rebelde á las fronteras de Aragon al aproximarse el rey: sometiéronse los principales cabezas de la rebelion bajo la promesa de ser indultados; y el mismo D. Juan hizo lo mismo al año siguiente. Se ajustaron paces con Aragon y Navarra, y D. Alonso de la Cerda confirmó su renuncia á la corona de Castilla. De este modo, y despues de humillado el portugués, que tambien habia favorecido á los sublevados, quedó D. Alonso en disposicion de poder oponerse á los moros, que comandados por Abomelic, hijo del rey de Marruecos, asolaban las costas de Andalucía. Felicísimos auspicios tuvo esta guerra en sus principios; pues 1500 moros de á caballo, enviados para que se apoderasen de Lebrija, perecieron casi todos por las acertadas disposiciones y valor de Portocarrero, que defendia aquella plaza. Engreidos los cristianos con esta victoria, se atrevieron, á pesar de la inferioridad del número, á envestir al grueso del enemigo; fué este completamente derrotado y muerto el mismo Abomelic. Juró su padre vengar aquella muerte, á cuyo efecto, despues de haber reforzado á Gibraltar y Algeciras, y derrotado la escuadra mandada por el prudente Tenorio, hizo desembarcar en España hasta doscientos mil africanos, cuyo primer empeño fué tomar á Tarifa: mas habiendo acudido á su socorro D. Alonso y el rey de Portugal, derrotaron completamente á los sarracenos, quedando casi todos muertos, ó prisioneros. Es conocida esta victoria por la del rio Salado, en cuyas márgenes se dió la batalla.

— Pasó luego D. Alonso á sitiar á Algeciras, que se defendió 4 años con el mayor teson y destreza: en cuyo memorable sitio se oyó por primera vez el estrépito de las armas de fuego, inventadas por los moros. Aunque los primeros tiros no dejaron de causar alguna impresion en los castellanos, no fué tanta que los obligase á volver la espalda al enemigo. Nuestros soldados sufrieron tambien con resignacion la escasez de víveres: el rey y muchos señores convirtieron en moneda su vagilla; las ciudades contribuyeron con grandes donativos, y se decretaron las alcabalas bajo la condicion de que sirviesen para la guerra contra los moros: el rey de Francia envió socorros de dinero para esta guerra, en la que tambien tomaron parte muchos caballeros cristianos, que de otros reinos vinieron atraidos por la fama de este sitio.

Tomada Algeciras, quiso D. Alonso reconquistar á Gibraltar; y cuando despues de un año de sitio trataban ya de capitular los moros, la peste que se declaró en el ejército cristiano, mudó el aspecto de las cosas. Obstinado D. Alonso en no querer retirarse, murió víctima de aquel contagio: y el ejército notablemente disminuido tuvo que levantar el sitio. Los gloriosos hechos de armas de D. Alonso le ponen al paralelo de los reyes mas célebres de Castilla. Fueron un borron de su vida privada sus amores con doña Leonor de Guzman, de la que tuvo varios hijos; y entre otros, á D. Enrique, conde de Trastamara, que años despues vino á ser rey de Castilla.

Pedro el Cruel. (Año 1350.)

Heredó el trono, mas no las virtudes de D. Alonso, su hijo D. Pedro, que por sus hechos no tardó en merecer el odioso título de *Cruel*. Todos sus hechos fueron acompañados del signo de la crueldad; (y si acaso hizo que mereciese ser caracterizado de justo, tal vez le disfracó ú ocultó por el odio personal que dicho rey tenia hácia D. Pedro Ayala, único escritor coetáneo de la historia de aquellos tiempos). Los varios sucesos de las armas manifiestan que D. Pedro no carecia de conocimiento y genio militar, que no le faltaban amigos, y que no era tan aborrecido de los pueblos, como generalmente se cree. El primer ensayo de ferocidad fué un acto de condescendencia con su madre; la que resentida y celosa de doña Leonor de Guzman por los amores que con ella habia tenido D. Alonso, consiguió que su hijo la mandase decapitar en Talavera. Con la muertê de Garcilaso de la Vega, asesinado á puñaladas, vengó la resistencia de los burgaleses á recibir á D. Juan de Alburquerque. Este favorito, despues de haber sido el principal fautor de los amores del rey con la Padilla, receloso de que el ascendiente de la familia de esta le derribase de su influjo, aconsejó á D. Pedro su casamiento con doña Blanca de Borbon; lo mismo deseaba la reina madre; y si bien lograron su intento, fué solo momentáneamente; pues el rey al segundo dia abandonó á su esposa, para volar á los brazos de su querida la Padilla. No era esta de mala índole, y si la primera en desaprobar la conducta de su amante. A un aviso reservado de esta debieron su salvacion la reina madre y Alburquerque, que se encerraron en Toro, donde murió envenenado el duque, habiéndole confiscado sus bienes. La reina, uniéndole

se con D. Enrique, D. Telló y D. Fadrique, se hizo allí fuerte: acudió D. Pedro con sus huestes, y sitió la ciudad; mas no la tomó por entonces, por tener que acudir á Toledo, cuyos habitantes se habian armado en favor de doña Blanca, que se habia refugiado en aquel punto; mas aparentando el rey venir de paz, y que era para unirse con su esposa, le abrieron las puertas; los principales pagaron con la cabeza su demasiada confianza en la promesa real; y doña Blanca fué trasladada al castillo de Sigüenza, y desde allí á Medina Sidonia, donde el veneno puso fin á sus dias. No fué este el único trago de amargura que durante su vida le proporcionó su cruel esposo: despues de haber sido abandonada y presa, se vió solemnemente repudiada, y vió tambien contraer nuevas nupcias con la Castro, cuya suerte no fué mucho mejor que la suya, pues tambien se vió luego abandonada.

No habia olvidado don Pedro la rebelion de su madre y de sus hermanos en Toro: volvió allí con sus tropas, y á viva fuerza se apoderó de la plaza. La reina suplicó á su despiadado hijo que perdonase la vida á los que estaban con ella; pero la infeliz tuvo el disgusto de verlos morir á su presencia. Don Enrique se habia fugado con anticipacion, y don Fadrique y don Telló fueron proscriptos. Tanto se connaturalizó don Pedro con los asesinatos, que parecia complacerse en ellos: en Sevilla comió en el mismo aposento, en que acababa de dar la muerte á su hermano don Fadrique, y se estuvo complaciendo en ver en la calle el cadáver de don Juan, infante de Aragon, á quien despues de asesinado hizo arrojar por una ventana: mandó quemar vivo á un sacerdote que se atrevió á darle avisos prudentes: en Toledo consintió en quitar la vida á un jóven de 16 años, que se ofreció á morir por la de salvar la de su padre. Habiendo usurpado Barba Roja el reino de Granada, quiso D. Pedro favorecer al destronado Mahomet; pero habiendo sido vencidas las tropas castellanas junto á Cádiz, el monarca mudó de resolucion, y Mahomet, que con gran séquito y regalos se le presentó en Sevilla, despues de haber sido paseado por las calles sobre un asno, fué bárbaramente asesinado con otros 57 de su comitiva por órden del rey, que aquel mismo dia los habia honrado con su mesa.

El francés justamente resentido de los ultrages y de la muerte dada á doña Blanca, se coligó contra D. Pedro con el aragonés, que á mas de otros motivos, deseaba vengar la muerte de D. Juan, y con el navarro, á quien tampoco faltaban razones á